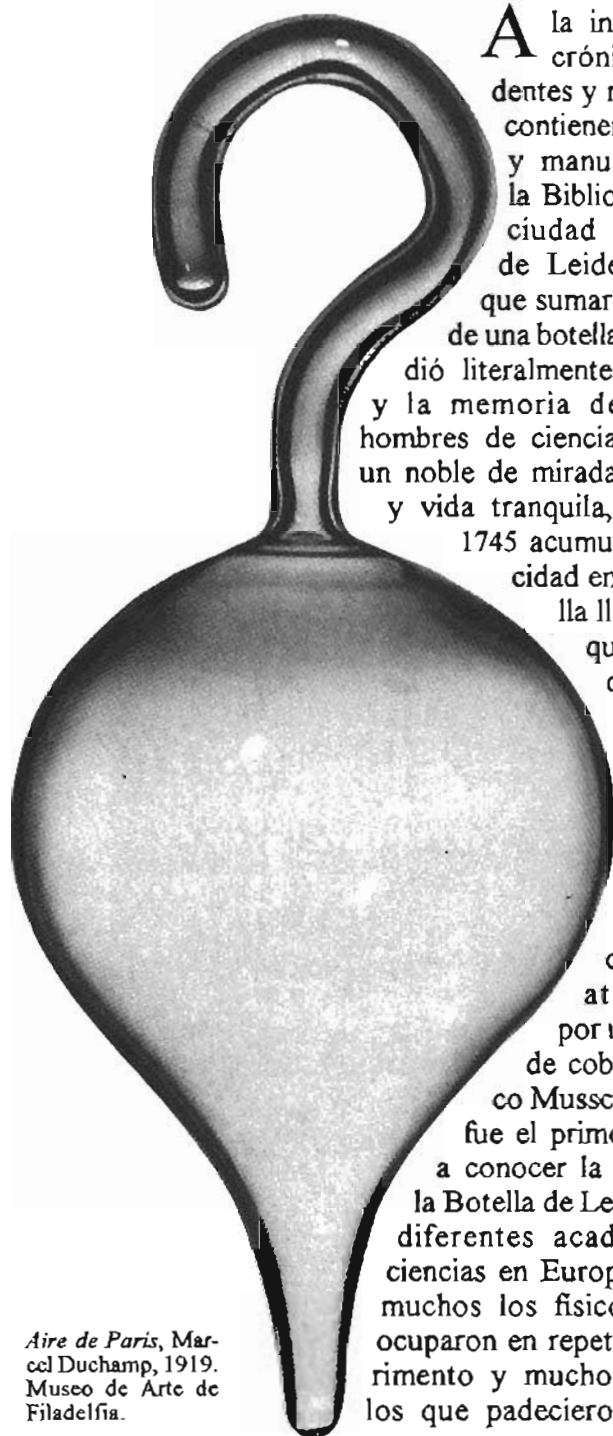


LA BOTELLA DE LEIDEN

Hugo Diego Blanco

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

A Guillermo Sienra



Aire de Paris, Marcel Duchamp, 1919.
Museo de Arte de Filadelfia.

A la infinidad de crónicas, incidentes y relatos que contienen los libros y manuscritos de la Biblioteca de la ciudad holandesa de Leiden, habría que sumar la historia de una botella que sacudió literalmente el ánimo y la memoria de muchos hombres de ciencia. Cunaüs, un noble de mirada despierta y vida tranquila, logró en 1745 acumular electricidad en una botella llena de pequeñas hojas de oro, forrada con papel de estaño y cerrada con un corcho que se encontraba atravesado por un alambre de cobre. El físico Musschenbroeck fue el primero en dar a conocer la noticia de la Botella de Leiden en las diferentes academias de ciencias en Europa. Fueron muchos los físicos que se ocuparon en repetir el experimento y muchos también los que padecieron convul-

siones o desvanecimientos debido a la violenta reacción que las chispas del original condensador provocaban. El mismo Musschenbroeck confesó en una carta que ni con la promesa de convertirse en príncipe heredero de la corona de Francia se atrevería a repetir el experimento. Prefería pasar por un súbdito poco curioso antes que ser un monarca electrocutado. Aunque a Kierkegaard nunca le interesó más la electricidad que la ética, el título de uno de sus libros, *Temor y temblor*, bien podría ser el nombre de esta historia de atrevimiento y convulsiones.

El ingenio de los científicos es semejante al sino de Ícaro, pueden salir del laberinto y volar, pero también pueden caer si se acercan demasiado al sol pues la cera del ingenio se derrite de la misma manera que se fundían los hilos de diversos metales en los experimentos que practicó el inglés B. Cortell. Este científico se aficionaba al mismo tiempo por la física como por la etimología de tal suerte que se encontraba al tanto de las investigaciones sobre el golpe fulminio así como del origen de la palabra electricidad. Para él no era un secreto que la palabra latina *electrum* proviene de una palabra griega que significa ámbar; esto no es difícil de entender si recurrimos a la propiedad natural de atracción eléctrica que el ámbar tiene al frotarlo.

El erudito Cortell construyó máquinas eléctricas y baterías que utilizó en los experimentos públicos que se convirtieron en un acontecimiento social que atraía tanta gente como la Real Compañía de Teatro. Con uno de sus

condensadores Cortell derretió un alambre de hierro del número dieciséis con un largo de siete pies. El hilo de hierro cayó fundido en glóbulos negruscos que fueron atraídos por un imán no sin antes inundar la habitación de un molesto humo. Un hilo de plata del número diez y de un pie de largo se calcinó y volatilizó con un color blanco azulado. Un hilo de oro de cuatro pulgadas de largo se desvaneció en un humo amarillo púrpura haciendo un ruido semejante a un chasquido. Una pequeña placa de estaño también se volatilizó con un color semejante a centella.

El señor Cortell sometió en el imperio de sus experimentos la resistencia de algunos animales. Los curiosos que asistían a su laboratorio pudieron observar cómo saltaban chispas de la frente de los cuadrúpedos al tiempo que se desplomaban. Pero algunos de aquellos espectadores fueron quienes se encontraron a punto del desplome la tarde que se experimentó con un gato. Muy

lejos se encontraba la Europa del siglo XVIII de la cultura egipcia que divinizó a los gatos al relacionarlos con la diosa Pasht y también de Mahoma quien de diferentes maneras mostró su simpatía por los gatos. El gato del experimento de Cortell cayó en medio de convulsiones después de recibir la carga de la Botella de Leiden. La respiración acelerada fue el primer indicio de que se encontraba con vida, pero en unos instantes comenzó a maullar, se levantó y salió corriendo del laboratorio atropellando las piernas de algunas damas y caballeros interesados en el desarrollo de la ciencia.

Algunos quisieron encontrarle tres pies al gato de este asunto y otros, suspicaces, dijeron en voz baja que seguramente había gato encerrado. Otros más especularon acerca de aquel dicho común que afirma que los gatos tienen siete vidas y concluyeron que esta vez la ciencia demostró no una hipótesis sino una creencia popular.



Demostración, en Amsterdam, de una máquina eléctrica. Grabado del siglo XVIII.

